

haro teglen

FRANCIA - ESTADOS UNIDOS: DIVISION DE TRABAJO

Pompidou y Nixon han tomado el acuerdo de manifestar que en ciertos puntos —no precisados— están en desacuerdo. Es una medida prudente de orden político. Nixon se cubre así ante los ruidosos sectores antifranceses de su país —especialmente los judíos, que tan espectacularmente han manifestado su repulsa al Presidente francés, antiguo asalariado de la Banca Rothschild— y Pompidou ante los antiamericanos de su propio país, ante los sectores árabes. Han acordado también satisfacerse del encuentro personal, de la solidez mutua. Se consideran ambos como campesinos. Con mejor retórica, como «hombres del terruño». Es un viejo mito literario y político que sigue, por lo visto, teniendo vigencia: está ya presente en lo que nuestro clásico tituló «Menosprecio de corte y alabanza de aldea». Se supone que el hombre apegado a la tierra tiene un sólido sentido de los valores morales y éticos que aparece como corrompido en el ciudadano. Es dudoso que queda algo de «homme du terroir» en Pompidou, de «gentleman farmer» en Nixon, entregados ambos con fruición y pasión a la más cortesana de las actividades corruptoras, la política profesional. Imaginar que los que se han encontrado ahora en Washington son el hijo de un maestro de Montboudif, en Auvernia, y el de un tendero de Yorba Linda, en California, requiere un gran esfuerzo de imaginación. La evocación de aquellos lejanos niños ya enterrados tiene algo de impúdico.

Era, sin embargo, útil para cubrir uno de los temas considerados como importantes producidos en la conversación, el de la ecología, el de la contaminación. Es el tema paraparlítico de moda, el tema desviacionista de moda. Uno de los últimos artículos del humorista —profundo— Art Buchwald lo proclama «El problema del año» para 1970. «Cada año, el pueblo americano, con la ayuda de los medios de información, decide qué problema le preocupará más durante los siguientes doce meses... El año pasado, si ustedes lo recuerdan, fue el «Crimen en las calles». El año anterior fue «Guerra». En años anteriores han sido «Hambre», «Pobreza», «Desagregación» y «Cuba». El problema seleccionado para 1970 no se limitará a viajar por todos los Estados Unidos, sino que aparecerá en la televisión, en los periódicos y en la radio, y se disparará a todos los vientos mediante entrevistas con el Presidente de los Estados Unidos en la Casa Blanca, en Washington D. C. Wilson viaja a los Estados Unidos para tratar del problema de la contaminación, Pompidou lo ha tratado extensamente. Se trata de desplazar los problemas hacia la idea de que el hombre y la Naturaleza han desfasado su viejo diálogo, que el hombre —insensato— realiza una agresión industrial contra el medio en que vive, y éste se la devuelve. Es un problema de la izquierda, nacido en la izquierda. Lo esgrimieron los estudiantes y contestatarios de las Universidades en Estados Unidos junto con otros temas, como el de Vietnam y el del racismo, en partes iguales. Apareció en París, durante mayo de 1968, como uno de los datos esenciales de la reforma total de vida. La base de la acusación estaba en el antihumanismo del capital industrial, en la culpabilidad de unos sectores que, en busca de un beneficio frenético, despreciaban los mismísimos elementos primarios de la vida en la tierra. De toda la problemática planteada por los contestatarios, sólo este problema ha sido asumido y aceptado, convertido en el primero de todos. Pero stem-



Manifestación de judíos norteamericanos en señal de protesta por la visita del Presidente francés a los Estados Unidos. Unos mil quinientos judíos se agruparon en torno al monumento a Washington en la capital norteamericana. En la otra foto, Nixon y Pompidou.

pre a base de una conveniente transformación. Ya no se presenta como consecuencia de las actividades de un sector determinado, sino como una esencia de la «condición humana». Es el hombre en general el que aparece como culpable. No es de extrañar que los dos dialogantes de Washington hayan adoptado esta advocación de viejos campesinos, esta condición de «cavalleria rusticana», para tratar el problema. Que uno de ellos sea el que autoriza que se vuelquen diariamente toneladas de productos químicos defoliantes, antiecológicos, sobre el Vietnam, que el otro autorice la concentración de industrias en zonas francesas —en Roubaix, el índice de contaminación de la atmósfera es de 7.500, el doble que en Nueva York, el triple que en Detroit— parece incongruente.

Lo que se debe retener del viaje de Pompidou a Washington —al margen de las pedradas de los rabinos, de la rabotada de Lindsay, del acuerdo sobre el desacuerdo— es una reanudación de las relaciones directas entre Francia y los Estados Unidos. Es decir, una modificación del dogmatismo despectivo y altanero. El estilo actual de las relaciones entre aliados occidentales es el del individualismo, el del pluralismo. Han saltado hábilmente sobre las ventajas del policentrismo que se enunciaron efímeramente entre los aliados comunistas y que la Unión Soviética no supo, no pudo o no quiso aprovechar, y lo están utilizando hábilmente. Está en la lógica. El mundo occidental, o mundo capitalista, está basado en intereses de tipo material muy concretos, y las ideologías se ajustan como un guante. También como un guante se pueden cambiar cuando a esos intereses convenga. En el mundo socialista predominan los problemas de tipo ideológico sobre los estrictamente materiales. Es decir, la mejora de condiciones

EN PUNTO

materiales se confía enteramente a una cuestión de métodos y procedimientos que son los que forman el cuerpo de doctrina. Que aquel sistema se haya definido como espiritualista y éste como materialista es algo que hay que considerar simplemente como una polución del lenguaje. Pero si se pierde de vista que la clave es precisamente la contraria de los enunciados admitidos, no será posible entender la situación internacional.

En la época más aguda de la diferencia entre Francia y Estados Unidos, en la época del desdén del general y de la retirada estratégica de la OTAN, el juego de capitales entre Francia y Estados Unidos, la correlación de técnicas y procedimientos, no se rompió nunca en la forma en que se rompieron los lazos materiales entre la URSS y China —y Albania y, antes, Yugoslavia— cuando fallaron las relaciones ideológicas. Por eso es relativamente fácil, hoy, una restauración de nuevo estilo en las relaciones franco-americanas como las que pueda significar este viaje de Pompidou, y esa conservación de las aparentes diferencias de comportamiento en problemas concretos como, por ejemplo, el de Oriente Medio. La pedrada del rabino, en este caso, no es más que pasional y sobre todo ingenua. En la actitud del alcalde de Nueva York, Lindsay,



no hay más que un problema de contabilidad electoral —ha contado para su elección, y volverá a contar, con los dos millones y medio de judíos que son sus conciudadanos— revestida de problema espiritual o ideológico. Cuando Francia explica su actitud diciendo que la venta de aviones a Libia es para evitar la llegada de armamento soviético y para mantener una presencia en el Mediterráneo, donde está ya la flota soviética, no proclama una actitud distinta de los Estados Unidos al apoyar a Israel. El día en que un grupo de naciones occidentales lleguen a controlar la acción y la economía de los países árabes, mientras otro grupo igualmente occidental controla los de Israel, se habrá llegado a una excelente división del trabajo, a un buen reparto de papeles en la comedia de la que quedará excluido el personaje no deseado, la Unión Soviética. Ese día se podrá dar la sensación, como ya se está produciendo ahora, de que en el mundo de Occidente hay una crisis de alianza. Pero la alianza va por dentro.

Indudablemente, hay un juego superior. El juego superior está en que esa división de trabajo, ese reparto de papeles, tenga como protagonistas a la Unión Soviética y a los Estados Unidos. Más o menos, se está representando en varios lugares del mundo. Pero el aspecto ideológico de la Unión Soviética no se ha deteriorado aún tanto como para hacerla representar convenientemente este papel, que podría ser básico. En este fallo es donde se introducen países como Francia, como Alemania Occidental y otros, con el deseo de no perder su ocasión ni su «occidentalidad».



De cómo en el país más rico del mundo se es pobre con 48.000 pesetas.

U. S. A.

UNA RECESION CONTAGIOSA

En EE. UU. están pasando bastantes cosas inquietantes. Desde hace más de un año están siendo utilizados todos los frenos de la economía americana. Por sexto mes consecutivo, la producción industrial americana descendió en enero en un 7 por 100. Los portavoces oficiales niegan la recesión, pero «Times» escribe: «Digan lo que digan los economistas oficiales, los hombres de negocios saben que están cogidos en una depresión bastante seria». Lo mismo opinan los expertos independientes. La particularidad de esta recesión es que no podrá ponerse fin al alza de los precios, la cual se calcula en un 4 por 100, tirando por el optimismo.

La producción de coches ha descendido en un 20 por 100 en un año. A principios de febrero cerraba la General Motors 17 fábricas durante una semana. Quedaron en paro unos 120.000 obreros. De las dieciocho fábricas de Ford, pararon nueve durante una semana. En Seattle, la Boeing despedirá a sus obreros a lo largo de un año, a un ritmo de 1.500 al mes. La industria de la construcción está virtualmente paralizada.

La pesadilla de millones de americanos amenazados de paro es la de perder la casa a causa de la inflación. Nos equivocamos si pensamos que los salarios americanos permiten un margen de seguridad. Según el Bureau of Labor Statistics, el mínimo de subsistencia para una familia de cuatro personas se calcula en 565 dólares al mes. Los obreros de la región ganan en esta región 544 dólares por término medio.

Se argüirá que se incluyen gastos superfluos. No: el asalariado medio americano mejor pagado que un obrero, gana 780 dólares al mes. Ciento ochenta dólares se le van en impuestos y seguro de enfermedad. En alojamiento, 110 ó 120; en co-

che, 100. Los plazos de frigoríficos, otros 15. Quedan de 285 a 375 dólares. Si, como es corriente, la familia vive a 50 ó 100 kilómetros del lugar de trabajo o del centro de la ciudad, hay que añadir un mínimo de 60 dólares de gasolina al mes (un coche americano consume 25 litros a los cien kilómetros), más 70 dólares de un segundo coche: éste es, en efecto, indispensable. La mujer lo necesita para llevar a los niños a la escuela (situada a 6 ó 15 kilómetros de distancia) y para hacer la compra (el supermercado dista de 5 a 10 kilómetros). Quedan, pues, entre 155 y 245 dólares mensuales para comida, ropa, etcétera.

Si se tiene en cuenta que un litro de leche cuesta 0,31 dólares; un huevo, 0,075 dólares; una manzana o una pera, 0,20 dólares; una pampelmusa, 0,40 dólares; un kilo de chuletas de cerdo, 3,10 dólares; un tubo de dentífrico, 0,80 dólares, se comprenderán mucho mejor declaraciones como éstas, publicadas en el conservador «U. S. News and World Report»:

Un contable, que gana 600 dólares mensuales (en comparación con los 400 dólares que ganaba dos años antes): «No vivimos mejor. Cuando mi mujer me dijo que los huevos cuestan ahora a 0,80 dólares la docena, le sugerí que los suprimiera. En lugar de huevos como "cornflakes". Ya no nos traen la leche a domicilio, sino que vamos nosotros mismos a buscarla. Es más barato. Hemos renunciado a los filetes de ternera que comíamos una vez al mes... Creo que se acercan tiempos muy duros... Preveo una revolución económica: la gente va a marchar sobre Washington».

La mujer de un matemático californiano, furibunda porque su alquiler acaba de aumentar en un 12 por 100 (es ahora de 135 dólares), ataca a los «monopolios sedientos de beneficios. Son ellos los princi-